



DEL MOMENTO

La inquisición germánica

En un semanario italiano, *L'Azione*, órgano de los demócratas cristianos que desde Cesano, donde aparece, me envían, leo, bajo el título de «Nuestra fisonomía» una nota rotulada «Ni Alemania ni España», y que dice así:

«Las fuerzas que han obrado en sentido clerical sobre los hombres del catolicismo, contribuyendo á hacer á éste sospechoso y anti-patriótico, no han venido de Italia; han venido de fuera. En el siglo XVI ocurrió la gran crisis y entonces Alemania, para ser cristiana, sintió la necesidad de rechazar el catolicismo. Esos alemanes, hombres de una pieza en el más bajo sentido de la palabra, rígidos y fríos, para ser libres sienten la necesidad de declararse rebeldes. Y de España, ó más bien del Imperio Austro-Hispano de Carlos V, del cual renovado imperio mastodónico, despótico, vino la reacción; para ser obedientes se tira á ser esclavos. ¡En Italia no! Italia no es, digámoslo por ser así, porque es *historia*, y digámoslo con alegría porque es *historia hermosa* ó *historia nuestra*; Italia no es ni rebelde ni esclava—la tradición italiana no es ni Lutero ni Torquemada, no, en nombre del cielo ¡mil veces no!»

Lo que ahora falta ver si al cabo no se va de nuevo de Lutero á Torquemada, pasando por la *Anfklæurg*, por la ilustración. Por de pronto, he de recordar al lector que Treitskke, el apóstol del imperialismo tudesco, dice en su *Política*, hablando de la idea política de la omnipotencia de la Iglesia Católica por la que luchó la España—ó más bien el mastodónico Imperio Austro-Hispano de Carlos V.—del siglo XVI que es «un grandioso idealismo político al que no se puede considerar sin conmovida admiración». ¡Claro está! Como que es en el fondo el mismo ideal germánico que predica y defiende Treitskke. Se trata de imponer una ortodoxia. Y las ortodoxias todas, aunque parezcan combatirse, se respetan y se admiran mutuamente. Un celoso católico ortodoxo se enciende contra los herejes, contra los soñadores, pero siente una secreta atracción hacia un racionalista ortodoxo, hacia un ateo ortodoxo. Porque hay ortodoxia atea y racionalista.

El actual Imperio germánico trata de imponer una ortodoxia. Y no precisamente la luterana. El luteranismo fué disolviéndose, en la ilustración—la *Anfklæurg*—en el pietismo, en el catolicismo mismo. La crítica exegética racionalista acabó por hacerle polvo. Pero el instinto ortodóxico, el horror á toda herejía, tan característico del alemán, su tendencia á constituirse al punto en escuelas con sus dogmas y sus anatemas, persistió. Y á esa á que llaman ahora la *Kultur*, á base racionalista, es una ortodoxia más. Y hay que convertir al mundo á ella á cañonazos. ¡Como se ve, Inquisición pura!

Cientos de veces hemos hablado no pocos, los que tenemos alma herética, de la moderna inquisición de la Ciencia, no menos inquisitorial que la antigua de la Iglesia. Hay dogmas científicos ó pseudo-científicos, dogmas filosóficos, y á quien no los acata se le persigue, no con hierro y fuego, pero se le persigue. Se le persigue con bur-las, con desdenes, con silencios. Y aún más. Un buen amigo mío, sudamericano, me aseguraba que en la Facultad de Derecho de la Universidad de la capital de su patria no cabía entrar de profesor si no se juraba por Augusto Comte ú otro caudillo intelectual por el estilo.

Sí, esa imposición de su *kultur*, de que los alemanes nos hablan, es la imposición de una ortodoxia. Y por eso he proclamado siempre frente á esa *kultur* ortodoxa é inquisitorial, nuestra cultura, algo anárquica tal vez, henchida de contradicciones—¡gracias á Dios!—y donde caben las herejías todas. Y nunca olvidaré aquella singularísima definición que de la República daba un honrado ciudadano de Balaguer, diciendo que la República es una Iglesia en que todos son herejes. Así debe ser nuestra cultura.

A eso, á la herejía, le llaman indisciplina y desorden. La herejía es la indisciplina, el desorden, la paradoja, la extravagancia. ¡Sea como Dios quiera! Porque yo sé que cabe orden y disciplina en la herejía, y que los herejes, pensando de muy distinta manera, pueden muy bien entenderse entre sí.

Ortodoxia es dogma y autoridad é imperio—herejía es opinión y libertad y pueblo. Y los que combaten las opiniones combaten la libertad y combaten al pueblo. Es muy peligroso dogmatizar, aunque sea en nombre de la matemática.

El Estado alemán, el Imperio germánico, es una Iglesia, la Iglesia de la *kultur*. Decía muy bien André Suarès: «El Estado está siempre fundado sobre la iglesia, cualquiera que sea. Y si hay un Estado laico, se sostiene sobre una iglesia laica... La iglesia es el cuerpo

del espíritu que domina. Porque el pueblo carnal quiere un espíritu visible. No se puede separar más la iglesia del Estado que el cuerpo del pensamiento. Pero se cambia poco de cuerpo y de pensamiento. Es una edad nueva de la vida, que no pasa sin fiebre maligna, y el enfermo en cama. No digáis: el Estado contra la Iglesia; sino iglesia contra iglesia, y hay una de ellas muerta. No ha habido jamás Estado ateo. Porque el Estado es el dios que se sustituye á todos los otros». Decía muy bien al decir esto André Suarès.

Y digo que las ortodoxias todas, que todos los autoritarismos se respetan y se admiran. Conocí un singularísimo integrista, un hombre del siglo XV, ó acaso del VIII, lector asiduo y hasta colaborador que fué de *El Siglo Futuro*, y grandísimo admirador del espíritu germánico, el cual me dijo una vez que él no leía obras históricas—era profesor de historia—sino de criterio ortodoxo, sea cual fuere la ortodoxia. Lefá, y admiraba, á historiadores luteranos ortodoxos, ó calvinistas, ó nacionalistas—era un ferviente lector de Taine—, lo que no toleraba era á los de espíritu libre, á los verdaderos herejes. Sobre todo si había en ellos sentimentalidad y poesía. Renán le exasperaba. Y nunca pudo transigir con los ingleses, que son, en el fondo, los de espíritu más herético, los menos dogmáticos, los más anortodoxos. Y los más sentimentales, aunque los mentecatos crean otra cosa.

¡Comprendéis, pues, las simpatías que nuestros ortodoxos, nuestros dogmatistas, nuestros autoritarios, los que necesitan que se les dé pensado y algo á qué agarrarse, los que aborrecen la caza y buscan la presa, comprendéis la simpatía que sienten por la ortodoxia de la *kultur* germánica? Y es que en el fondo no les importa tanto el contenido del dogma como que sea dogma, ni lo que manda la autoridad como que se haga obedecer, ni la verdad ó falsedad de la doctrina de la *doxia*, como que sea *orta*, derecha, que sea ortodoxia. El enemigo es la herejía, es la libre investigación, es la duda, es la contradicción aceptada, el enemigo es la libertad, el enemigo es la vida.

Uno de los textos fundamentales de nuestros integristas españoles, de nuestros más rígidos ortodoxos católicos, fué una obra de Stahl, un ortodoxo protestante. Y por algo en los Seminarios se admira á Spinoza. Los hiperlógicos se entienden entre sí, aunque uno parezca decir todo lo contrario de lo que dice el otro. Al que no toleran es al biótico, es al cardíaco, es al sentimental. Y ved por qué la Inquisición de la *kultur* germánica, aunque á base racionalista, entusiasmo á los esclavos de nuestra vieja Inquisición, todavía la teme.

“CREPÚSCULO SABÁTICO”

Anochecer de un sábado: luz vaga, el horizonte es un Iris extraño de colores difusos. Se refleja en el río la silueta de un monte, coronado de pinos, de contornos confusos.

Por los campos, silentes fantasmas de neblina van dejando en las zarzas girones de sus velos. Murciélagos sabáticos tejen siniestros vuelos. Por el Oriente avanza la Luna sibilina.

¡Oh, Luna, vieja maga de estucado semblante con antifaz de oro, ¿á qué aquellarre vas entre las nubes brujas que forman tu cortejo?

Eterna aventurera que buscas un amante cada noche. A tu encuentro viene hoy Satanás en una nube negra, con alas de vencejo...

Goy de Silva